



LA CIUDAD-DRAGÓN

Laura López Altares

Hay personas que llevan ciudades dentro. Y Aníbal llevaba a Jaén tan dentro que podía sentirla en cada uno de sus latidos... asediada, inflamada, contenida. Dicen que Jaén es la ciudad-encrucijada: situada en medio de la nada, pero en el cruce de todo; apacible pero orgullosa, con un volcán retorciendo sus cimientos. Tal vez por eso se haya asociado históricamente a la impetuosa y turbadora figura del Dragón. De hecho, los principales monumentos del casco antiguo, desde la Catedral al Castillo de Santa Catalina, tienen una enigmática distribución: dibujan la constelación del Dragón sobre la tierra igual que las estrellas la dibujan en el cielo.

Él podía sentir el peso de la Historia sobre sus hombros, y desde luego tenía esa constelación marcada a fuego sobre su piel curtida por el sol. Aníbal había legado las tierras de una familia de agricultores jienenses, más aceituneros que altivos, pero nunca doblegados. El aroma a olivas, a aceite, impregnaba todos sus recuerdos desde que tuvo uso de razón, y el todopoderoso olivo había curado y hecho arder (curioso poder compartido por este imponente árbol y el aceite que se extrae de su fruto) cada una de sus heridas. Y no son pocas...

Al igual que Jaén, Aníbal siempre había vivido entre torres, castillos y fortalezas, de paso entre dos caminos irreconciliables: la lucha eterna entre lo que debe ser ineludiblemente

te (el es muss sein de Kundera y Beethoven), y lo que quema bajo la piel, desgarrándola. Para Aníbal, ese sueño abrasador olía a pintura y a lienzos húmedos. Sus largos dedos estaban hechos para dibujar el mundo, y desde que era niño había recorrido cientos de veces todos los rincones del Dragón con los ojos muy abiertos, pero sobre todo con el olfato bien afilado. Su maldición y su don era la sinestesia: podía ver los sonidos y los sabores, y prácticamente palpar los olores.

Por eso sabía que la Iglesia de San Andrés emanaba una suerte de magia ancestral (no es casualidad que en la Constelación terrenal represente a Thuban, la estrella polar durante la época de la construcción de las Pirámides), y que sobre la cabeza del Dragón descansaba un auténtico paraíso para sus caóticos sentidos: el Mercado Central de Abastos de San Francisco.

Este mercado le fascinaba porque guardaba otra ciudad dentro: una especie de espejo que reflejaba la vida cotidiana de la ciudad, pero también lo que no se podía ver, oler o escuchar sin su extraordinaria habilidad. Aníbal podía dibujar el incisivo aroma del jengibre, que a él le parecía amarillo-verdoso; o el retorcido azul oscuro casi negro de la salvia. También sabía que había voces de color tierra, como la de su padre, y voces tan rojas como la sangre...

Ésas eran sus favoritas. Porque las veía con tal nitidez que podía reproducir la cadencia rotunda y exacta con la que se deslizaban, trazo a trazo. Pero también huía de ellas con una urgencia desesperada, porque le atraían tanto como le aterraban, y no podía permitirse distracciones que le apartaran del recto camino que se había marcado años atrás. Compartía su cama y su vida con voces amarillas, azules, blancas y hasta naranjas, pero jamás con voces rojas.

Así que el Mercado de Abastos de San Francisco también le servía como una especie de terapia para huir del rojo y su potencial poder destructor: olía la añoranza en las aceitunas cornezuelo, frutadas pero ligeramente amargas; sentía el cálido y reconfortante tacto de la miel de la Sierra de Cazorla; podía escuchar la asilvestrada complejidad de las

collejas; saborear el vigor incontestable del aceite de oliva virgen a metros de distancia. Pero claro, el peligro está situado a otro nivel, no hace ruido alguno ni te permite escapar a tiempo... el peligro es algo que ni siquiera Aníbal podía presentir. Ése es el verdadero problema: no se puede oler ni escuchar, simplemente llega. Cuando empiezas a sentir su asfixiante abrazo, es porque ya es tarde. Ya está dentro de ti.

Y quién le iba a decir a aquel hombre solitario y precavido que no importa cuántas corazas lleves puestas o tener la capacidad de ver lo que nadie más puede ver: lo que tiene que pasar, pasa. Inexorablemente. Así que un lunes cualquiera (hasta lo más importante empieza un día cualquiera), se dirigió al mercado con su enorme maletín de dibujo y unas ganas infinitas de olvidarse del mundo, de olvidar que acababa de cumplir 30 años y que su vida no se parecía en absoluto a la vida que había soñado.

Sabía que había un remedio para esa clase de dolor gris y húmedo que te cala hasta los huesos, y que ese remedio sabía a cerezas (las primeras de la temporada), habas, fresas y albaricoques. Sabía exactamente como debía de saber la primavera. Y lo sabía porque sus mejores dibujos habían nacido justo allí, en un pequeño rincón que había junto a la frutería del mercado, donde la luz provocaba que la piel de los nísperos y las cebollas centelleara como debía hacerlo la piel de aquel Dragón que se escondía bajo el asfalto.

Mientras se dejaba llevar por la exuberancia irrefrenable de la granada y todos los rojos que veía a través de ella (escarlata, carmesí, burdeos, púrpura, rubí...), intuyó un color que no había visto nunca antes: el Rojo, en mayúsculas. No lo vio venir, claro, pero la culpable de aquel fogonazo imposible era una chica que no se parecía en absoluto al tipo de chicas con las que solía salir. Más bien era su antítesis. Pero al instante se activaron todas sus alarmas: "Que la voz no sea roja", suplicaba en silencio, pero... era la voz más roja que había escuchado en su vida.

Y lo peor de todo es que se estaba acercando a él, atraída por el influjo de su lienzo

(y probablemente por sus manos perfectas, que eran muy rojas aunque él no tuviera ni idea de eso). Entonces le preguntó con una sonrisa de medio lado -su Cartago derrotado desde entonces- sobre ese misterioso y fascinante dibujo. -Son granadas-, le dijo, aunque ella vio de todo menos una granada en aquel rojo infinito. Y se sintió completamente blanco al lado de aquella mujer que con solo decir "Punica granatum" podía hacer arder una ciudad entera.

La granada, símbolo de la fertilidad, esa fruta que sus antepasados cartagineses habían introducido en el Mediterráneo a través de las guerras púnicas (cuyo curso cambió en tierras jienenses, precisamente). La maldita casualidad hecha fruta. Y así fue como todo empezó, de casualidad, como sólo lo hacen las historias que merecen la pena. Pero también había terminado en aquel preciso momento, y él lo sabía. No dejaría que el color que había evitado durante toda su vida se le metiera dentro (lo que nunca entendió es que ya nunca le soltaría).

Aun así fue el primer lunes de muchos lunes teñidos de rojo y blanco. A ella le encantaba que le enseñara a escuchar lo que nadie más podía escuchar, cómo despertaba en ella sentimientos que pensó que ya jamás volverían. Y él lo hacía desde la distancia, siempre desde la distancia, deseando conocer cada matiz de aquel rojo, pero evitando a toda costa ese olor que intuía tan incandescente. No era el momento. No ahora.

Pero lo cierto es que no quería recorrer la ciudad-Dragón con nadie que no fuera ella. Ya no. Y aunque cada vez estaban más cerca, también estaban cada vez más lejos... Su relación podía resumirse en palabras esbozadas: cientos de medias verdades y mil y una formas de hacer el amor sin tocarse. Para ella la distancia física era una agonía exasperante; para él, la única regla inquebrantable. En ese universo de sabores, aromas y sonidos que solo ellos podían entender cabía prácticamente todo, menos la esperanza de un futuro común.

"Sabes vencer, Aníbal, pero no sabes aprovechar la victoria". Al igual que le ocurrió al brillante general cartaginés, Aníbal se quedó a las puertas de su propia Roma. Aquel curtido guerrero pudo haberla conquistado, pero se dio la vuelta, protagonizando uno de los grandes enigmas de la Historia: ¿Por qué no la atacó? ¿Era consciente de la posibilidad de victoria? ¿Se pasó de cauto esperando refuerzos? Sea como fuere, él también se dio la vuelta en el momento de la verdad, rendido antes de empezar la verdadera batalla. Ya nunca sabremos si alguno de los dos habría ganado su guerra...

Hay personas que llevan ciudades dentro. Y ahora Aníbal sabía que esa ciudad asediada, inflamada y contenida también guardaría con celo la historia que no pudo ser. El Dragón dormiría para siempre y el mundo sería un lugar más habitable, pero por mucho que se tapara los oídos, ya no podría dejar de escuchar en su cabeza el hipnótico sonido de la voz más roja.

Ilustración: Pablo Moncloa

